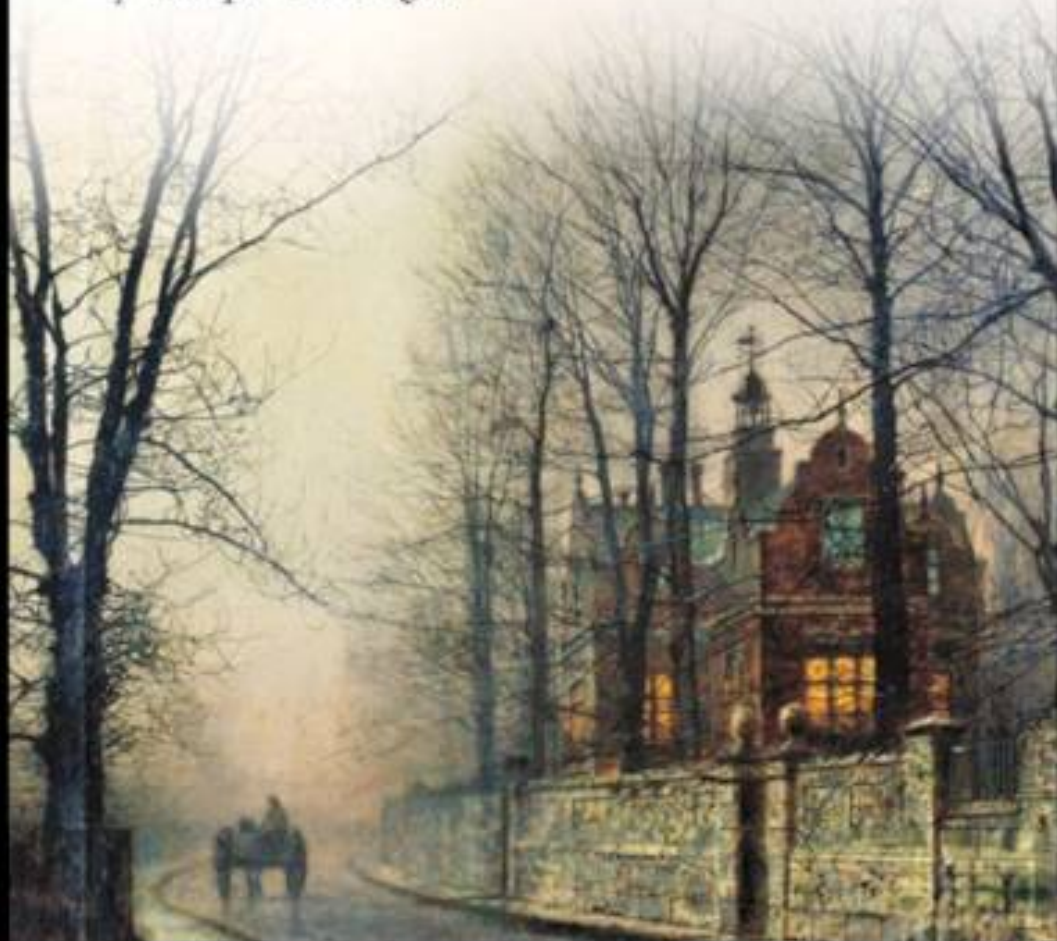


CHARLES DICKENS

# Para leer al anochecer

Historias de fantasmas

Traducción de Marian Womack  
y Enrique Gil-Delgado



Para leer al anochecer presenta trece de las más célebres y espeluznantes historias de fantasmas escritas por Dickens —«El fantasma en la habitación de la desposada», «El juicio por asesinato», «El guardavías», «Fantasmas de Navidad», «El Capitán Asesino y el pacto con el Diablo», «La visita del señor Testador» o «La casa encantada», entre otras—, en una nueva traducción al castellano. Villanos que mueren ahorcados, mujeres misteriosas que encargan retratos desde el más allá, marinos desaparecidos que hacen visitas inesperadas a los vivos, viajeros victorianos que se encuentran con siniestros niños en oscuros caserones... Puro talento gótico.

*Charles Dickens* estuvo interesado durante toda su vida por los fenómenos misteriosos. Su natural inclinación hacia el drama y lo macabro hicieron de él un extraordinario escritor de cuentos de fantasmas.

**«El arte de Dickens es el más excelso que existe: es el arte de emocionar y de agradar a todo el que se sumerge en su lectura».**

**G. K. Chesterton**

## PARA LEER AL ANOCHECER

**U**no, dos, tres, cuatro, cinco. Había cinco. Cinco guías, sentados en un banco en el exterior del convento que se encuentra sobre el collado del Gran San Bernardo en Suiza, absortos en las cumbres lejanas tintadas por la puesta de sol, como si una considerable cantidad de vino hubiera sido escanciada sobre la cima de la montaña y no hubiera tenido tiempo de hundirse en la nieve.

El símil no es mío. Lo creó para la ocasión el guía de aspecto más imponente de todos, de nacionalidad alemana. Ninguno de los otros le prestó la más mínima atención, como tampoco me la prestaron a mí, que estaba sentado en el banco al otro lado de la puerta del convento fumando mi cigarro, como ellos; y, también como ellos, contemplaba la nieve enrojecida y el solitario cobertizo cercano, donde los cuerpos de los viajeros tardíos, excavados del mismo, se marchitaban con lentitud, ajenos a la corrupción en aquella región inhóspita.

El vino empapaba la cima bajo nuestra mirada. Al cabo la montaña se coloreó de blanco, y el cielo de un intenso azul. Arreció el viento, y el aire trajo un frío punzante. Los cinco guías se abotonaron sus ásperos

abrigos. Hice lo propio, no existiendo hombre cuyas acciones sean más fiables de ser imitadas en aquellas circunstancias que un guía.

La imagen de la montaña bañada en el crepúsculo había producido un alto en la conversación de los cinco guías. Se trataba de una luz sublime, capaz de detener cualquier charla. En cuanto la montaña dejó de encontrarse bañada por aquella luz, retomaron su charla. No quiero decir con ello que yo hubiera escuchado parte alguna de su conversación previa. En realidad, me había costado sudores escapar del caballero americano que, sentado delante del fuego en el salón para viajeros del convento, había asumido como propia la empresa de ponerme al tanto de la serie completa de sucesos que habían resultado en la acumulación, por parte del Honorable Ananias Dodger, de una de las mayores adquisiciones de dólares que se había producido jamás en nuestro país.

—¡Dios mío! —exclamó el guía suizo, hablando en francés, lo cual yo no considero ser una excusa suficiente para utilizar una palabrota, como parecen hacer otros autores, con la sola consideración de que escribirla en aquel idioma hará que parezca inocente—. Pues si hablamos de fantasmas...

—Pero yo no estoy hablando de fantasmas —apuntó el alemán.

—¿Entonces de qué está hablando? —preguntó el suizo.

—Si yo mismo supiera de lo que hablo —dijo el alemán—, entonces con toda probabilidad sabría bastantes más cosas de las que sé.

La consideré una respuesta intrigante, que despertó mi curiosidad. Así que cambié mi posición arrimándome al extremo de mi banco más próximo a ellos, de manera que, al apoyar mi espalda sobre la pared del convento, me fuera posible escucharles a la perfección sin que ellos se dieran cuenta de que los atendía.

—¡Rayos y truenos! —exclamó el alemán, animándose—, cuando una persona en concreto planea hacerse una visita de forma inesperada, y sin que él lo sepa envía a algún mensajero invisible para que intuyas su próxima aparición, ¿cómo se le llama a eso? O cuando te encuentras caminando por una calle abarrotada de gente en Frankfurt, Milán, Londres, París, y piensas que alguien que pasa por tu lado te recuerda a tu amigo Heinrich, y luego que otra persona distinta también se parece a tu amigo Heinrich, y de esa manera comienzas a sentir una singular premonición de que de un momento a otro te encontrarás con Heinrich en persona, lo cual acontece en efecto, aunque hasta entonces estabas convencido de que se encontraba en Trieste... ¿Cómo le llamarían ustedes a eso?

—No es que sea poco común lo que usted apunta —murmuraron el suizo y los otros tres.

—¡Poco común! —dijo el alemán—. Es tan común como las cerezas en la Selva Negra. Es tan común como los macarrones en Nápoles. ¡Y hablando de Nápoles! Eso me recuerda a algo. Cuando la anciana marquesa Senzanima se estremece durante una partida de cartas en Chiaja —yo mismo vi cómo se estremecía de terror, ocurrió mientras trabajaba con una familia

de Baviera, y daba la casualidad de que aquella noche era yo el encargado de servir a los invitados—, como digo, cuando la anciana marquesa se levanta de la mesa de cartas, con la palidez trasparenteándose a través de sus mejillas sonrosadas de afeites, y grita: «¡Mi hermana de España está muerta!» —y cuando resulta que esa hermana de verdad se ha muerto, y que además fue en aquel preciso instante en que la marquesa se levantó cuando ella falleció... ¿cómo le llamarían ustedes a eso?

—O también cuando la sangre de San Jenaro se vuelve líquida a petición del clero, como todo el mundo sabe que ocurre en mi ciudad natal con anual regularidad —apuntó el guía napolitano tras una pausa, con una mirada divertida—, ¿cómo le llamarían ustedes a eso?

—¡A eso! —gritó el alemán—. Bueno, creo que conozco un nombre para eso.

—¿Milagro? —preguntó el napolitano, con la misma cara maliciosa.

El alemán se limitó a fumar y a reírse, y todos los demás fumaron y se rieron.

—¡Bah! —dijo el alemán al cabo—. Yo hablo de cosas que ocurren de verdad. Cuando quiero ir a ver a un ilusionista, pago para ver a uno que valga la pena. Cosas muy raras ocurren que no tienen nada que ver con los fantasmas. ¡Fantasmas! Giovanni Baptista, cuenta tu historia sobre la novia inglesa. No aparece ningún espectro en ella, pero desde luego sí que pasan cosas igual de extrañas. ¿Me dirá alguien de qué se trata?

Como todos se quedaron en silencio, miré a mi alrededor. El que me había parecido ser ese tal Baptista estaba encendiéndose otro cigarro. Al poco comenzó a hablar. Juzgué que debía de ser genovés.

—¿La historia de la novia inglesa? —dijo—. ¡Basta!, no debe darse naturaleza de historia a algo que tiene tan poca importancia. En fin, pueden ustedes pensar lo que quieran. Pero ocurrió de verdad. Mírenme con atención, caballeros: ocurrió de verdad. No todo lo que brilla es oro; pero lo que voy a contarles es cierto.

Repitió la misma salmodia más de una vez a lo largo de su narración.

Hace diez años, llevé mis credenciales a un caballero inglés que se hospedaba en el Long's Hotel, en Bond Street, en Londres. El caballero estaba a punto de iniciar un viaje; puede que se tratara de un viaje que durase un año entero, o tal vez dos. Mis referencias le agradaron, y también mi persona. Accedió a informarse sobre las mismas, y encontró favorables los testimonios recibidos. Me contrató, pues, durante seis meses renovables por otros tantos, concediéndome una generosa asignación.

Era un muchacho apuesto, y de temperamento muy alegre. Estaba enamorado de una joven y hermosa dama inglesa, la cual poseía una fortuna adecuada y, por lo tanto, estaban a punto de contraer matrimonio. Para acortar la historia, el viaje que íbamos a emprender era precisamente el de bodas. Con el objeto de descansar durante tres meses en algún lugar de

clima cálido —faltaba muy poco para la estación estival— mi amo había alquilado una vieja casa en la Riviera, junto a la carretera de Niza y a una distancia apropiada de mi ciudad natal, Génova. ¿Conocía yo el lugar?, me preguntó. Sí. Le dije que lo conocía bien. Se trataba de un viejo palacio rodeado de extensos jardines. Aunque tenía un aspecto algo desangelado, y resultaba un poco oscuro y sombrío al estar protegido por numerosos árboles, era espacioso, histórico e imponente, además de encontrarse a orillas del mar. Entonces él me dijo que quienes le habían descrito el lugar lo hicieron exactamente en los mismos términos, y que se alegraba de que yo también corroborara su impresión inicial. En cuanto a la escasez de mobiliario, dijo que todos los lugares de ese estilo solían tener el mismo inconveniente, qué se le iba a hacer. Y en cuanto a su atmósfera lúgubre, afirmó haberlo alquilado principalmente por los jardines arbolados, puesto que tanto él como mi señora planeaban guarecerse durante los meses de verano a su sombra.

—¿De manera que todo está en orden, Baptista?  
—me preguntó.

—Indudablemente, signore; todo va de maravilla.

Para nuestro trayecto disponíamos de un carruaje construido especialmente para ese viaje, y que contaba con todas las comodidades. Todo lo que llevábamos con nosotros era igualmente de la mayor calidad, y no echábamos en falta ninguna otra cosa. Los jóvenes se desposaron finalmente. Eran felices. Yo era feliz también, al considerar el resplandeciente futuro que nos aguardaba, y al encontrarme en una posición tan encomiable. Además, viajábamos en dirección a mi



ciudad natal, y yo aprovechaba para irle enseñando mi idioma, entre los retumbos del coche, a la doncella, la bella Carolina, cuya alma se encontraba rebosante de alegría, y que además era joven y tenía rosas en las mejillas.

El tiempo pasó volando. Sin embargo, pronto comencé a observar —¡escuchad esto, os lo ruego!, (y aquí el guía bajó la voz)— comencé a observar, digo, un extraño comportamiento en mi señora, que la sumía de tarde en tarde en sombrías meditaciones, como si algo la aterrorizase, o la hiciera infeliz; una sombra de incertidumbre y de alarma cerniéndose sobre ella. Creo que comencé a percibir aquel sombrío comportamiento una tarde en que el señor se había adelantado, y yo me encontraba caminando colina arriba a un lado del carruaje. En cualquier caso, recuerdo haber confirmado mi primera impresión de que algo extraño le pasaba no mucho después. Discurríamos por algún lugar situado al sur de Francia, y entonces ella, presa de un gran nerviosismo, me pidió que llamase urgentemente al señor; él regresó al punto y caminó a su lado durante un largo trecho. Vi cómo mi amo le hablaba con ternura y le daba ánimos, la mano de él sobre la ventana abierta, y la de ella sobre la de él. De vez en cuando se reía con despreocupación, como si tratara de aliviarla de algo a la fuerza. Poco a poco ella también comenzó a reírse, y al cabo todo volvió a la normalidad.

Era algo curioso, que me mantenía intrigado. Pregunté a la bella Carolina, su menuda y bonita doncella: ¿acaso se encontraba su señora mal?

—No.

—¿Tal vez algo triste?

—No.

—¿Le dan entonces miedo los caminos dudosos, o quizá los bandidos?

—No.

Y lo que lo hacía todo incluso más misterioso si cabía era que la muchachita nunca me miraba a los ojos mientras me respondía; al contrario, se limitaba a otear el paisaje al otro lado del cristal.

Sin embargo, un día me reveló el secreto.

—Si de veras quiere saberlo —me dijo Carolina—, me parece, por todo lo que he podido ver y escuchar, que la señora se encuentra hechizada.

—¿Hechizada? ¿A qué te refieres?

—Por soñar con una cosa.

—¿Con qué cosa?

—Con una cara. Durante las tres noches que precedieron a su boda soñó con una cara; era siempre la misma cara, nunca cambiaba.

—¿Se trataba de algún tipo de rostro lúgubre, quizás?

—No. Era la cara morena de un hombre de aspecto raro, vestido de negro, con el pelo oscuro y un bigote de color gris. Un hombre apuesto, excepto por el aire que lo acompañaba, de reserva y secretismo. Según sé, mi señora no había visto aquella cara en su vida, ni tampoco se parecía en absoluto a nadie que ella conociera. Pero lo más raro es que aquel individuo no hacía nada en el sueño, se limitaba a mirar a mi señora con fijeza a través de la oscuridad.

—¿Y ha vuelto tu señora a tener ese sueño desde entonces?

—No, no ha vuelto a tenerlo. Pero, ay, el recuerdo... Eso es lo que la acongoja.

—¿Y por qué le preocupa?

Carolina denegó con la cabeza mientras decía:

—Eso es lo que se pregunta el amo —dijo la bella—. Ella misma no lo sabe a ciencia cierta, y se atormenta preguntándose el motivo de su sufrimiento. Pero anoche los escuché. Ella le decía que si por casualidad fuera a encontrarse con un retrato de ese hombre en la casa italiana, una idea que la aterroriza, cree que no podría aguantarlo.

Les doy mi palabra de que me sentí incómodo, y algo atemorizado, lo confieso, después de esta charla (dijo el guía genovés), no fuera a ser que al llegar al viejo palazzo nos topáramos con el maldito cuadro. Sabía que la casa contenía innumerables pinturas y, cuanto más nos acercábamos al lugar, mayores eran mis deseos de que toda la galería de retratos hubiera sido arrojada dentro del cráter del Vesubio. Para terminar de arreglarlo, cuando al fin nos íbamos aproximando a la casa, el tiempo se fue tornando desagradable y tormentoso. Los truenos retumbaban en el cielo, y he de decir que el bramido de los truenos en mi ciudad y en los parajes que la rodean, rebotando entre las colinas, resulta de lo más sobrecogedor. Los lagartos entraban y salían presurosos de las hendiduras entre las piedras destrozadas de la muralla del jardín, como atemorizados por algo; las ranas croaban de forma lastimera e hinchaban sus gaxnates; el viento procedente del mar gemía, y las húmedas arboledas derramaban sus lágrimas sobre nosotros; y en

cuanto a los rayos... ¡por los huesos de san Lorenzo, qué rayos!

Todos sabemos cómo son las casas antiguas que suelen encontrarse en la ciudad de Génova, o en sus alrededores; el viento proveniente del mar las ha ido afeando a lo largo de años y más años; los apliques pintados sobre las paredes exteriores se han ido desprendiendo, convirtiéndose en desconchadas escamas de escayola; las ventanas de las plantas más bajas se han ido oscureciendo por la colocación de oxidadas barras de hierro; las malas hierbas se han ido apoderando del patio; los edificios exteriores se han ido echando a perder poco a poco; conjuntos enteros de edificaciones se han ido convirtiendo en ruinas. Pues bien, he de decir que nuestro palazzo hacía honor en todos los aspectos a dicha reputación. Había permanecido cerrado durante meses. ¿Meses digo? ¡Más bien años! Lo rodeaba el fangoso hedor de una tumba. El aroma de los naranjos sobre el amplio jardín trasero, y el de los limones que maduraban pegados a la muralla, y también el de diversos arbustos que crecían rodeando una fuente quebrada, habían, de alguna forma, encontrado el camino de entrada a la casa, y ya no hubo modo de que encontraran el camino de salida. Cada habitación estaba invadida por el olor que debía de tener hacía siglos, y que había ido debilitándose confinado entre aquellas paredes. Languidecía en todos los armarios y en todos los cajones. En las habitaciones que comunican los grandes salones, el hedor resultaba agobiante.

Regresando a los cuadros, si se le daba la vuelta a alguno de ellos era posible apreciarlo también agarrado al resquicio de pared que ocultaba, aferrado a ella como algún tipo de murciélago.

Por toda la casa, las celosías estaban cerradas a cal y canto. Dos guardesas vestidas de gris cuidaban del lugar, ancianas y decrepitas; una de ellas se detuvo en el umbral, murmurando y enredando, con un huso en la mano. Era evidente que antes habrían dejado entrar al diablo en persona que un poco de aire puro. El amo, la señora, la bella Carolina y yo recorrimos el palazzo. Yo inauguraba la marcha, aunque me haya mencionado el último, abriendo las ventanas y las celosías, sacudiéndome, en el proceso, el agua de lluvia que caía por los huecos del techo, los trozos de enyesado y, de vez en cuando, algún que otro mosquito somnoliento o alguna monstruosa, oronda, sanguinolenta araña genovesa.

Cuando conseguía que la luz de la tarde se introdujera en una habitación, el amo, la señora y la bella Carolina entraban en ella. Entonces revisábamos uno a uno todos los cuadros, y yo me adelantaba de nuevo hacia la siguiente estancia. La señora parecía aterrorizada en secreto por encontrarse en alguno de esos cuadros con aquel hombre que se le apareció en su sueño; en realidad todos sentíamos lo mismo. Pero, por mucho que inspeccionábamos cada uno de los cuadros, no encontrábamos nada. La Madonna y el Bambino, San Francisco, San Sebastiano, Venus, Santa Caterina, ángeles, bandoleros, frailes, templos sumi-

dos en el crepúsculo, batallas, caballos blancos, bosques, apóstoles, dogos... ¿Todos aquellos viejos conocidos, hallados en muchas otras ocasiones similares? Así es. ¿Hombres apuestos de piel morena y vestidos de luto, que miraban de forma intensa a señoras desde la oscuridad? En absoluto.

Por fin habíamos recorrido todas las habitaciones y revisado todos los cuadros, y entonces salimos a los jardines. Estaban bastante bien cuidados, ya que estaban alquilados a un jardinero, y eran amplios y con bastante sitio donde guarecerse del sol. En cierto lugar se alzaba una especie de rústico teatro al aire libre. El escenario consistía en una leve pendiente tapizada de verde, y tres hendiduras sobre una cortina frondosa de hierbas aromáticas hacían las veces de bastidores. La señora rebuscó con sus ojos incluso allí, como si estuviera esperando que el rostro se asomase a la escena, pero todo marchó como debía.

—Bien, Clara —dijo el señor en voz baja—, ¿ya te has convencido de que no hay nada? Ahora, lo que debes hacer es alegrar un poco esa cara.

La señora, evidentemente, se sentía más animada. Pronto se acostumbraría al sombrío palazzo, y volvería a cantar y a tocar el arpa, y a pintar copias de los cuadros, y a pasearse con el amo bajo los árboles verdes y los viñedos hasta que el sol se ocultase. No en vano ella era hermosa. Él era feliz. El amo me diría riéndose, mientras se subía a la grupa de su caballo para su habitual paseo antes de que ardiese el sol:

—¡Todo va bien, Baptista!

—Sí, signore, gracias a Dios, todo va muy bien.

No recibíamos visitas. Acompañé a la bella al duomo y la annunciata, al café, a la ópera, a las fiestas del pueblo, a los jardines públicos, al teatro matinal, a las marionetti. La hermosa muchacha estaba encantada con todo cuanto veía. Aprendió italiano, ¡por todos los cielos! ¡De forma milagrosa! ¿Y la señora? ¿Se había olvidado finalmente de aquel sueño?, le preguntaba a Carolina de vez en cuando. Casi, decía la bella, casi... Había empezado a rendirse.

Un día el amo recibió una carta y me llamó.

—¡Baptista!

—Signore!

—El caballero que me envía esta carta cenará hoy con nosotros. Su nombre es Signor Dellombra. Cenaremos como príncipes.

Era un nombre curioso, aquél. Nunca había oído hablar de él. Sin embargo, por aquella época muchos nobles y caballeros habían sido perseguidos por Austria por cuestiones políticas, y algunos se habían cambiado de nombre.

Tal vez él fuera uno de ellos. Altro! Dellombra me parecía un nombre tan bueno como cualquier otro.

Cuando el Signor Dellombra vino a cenar (continuó el genovés en el mismo tono quedo de voz con el que se había venido expresando), yo mismo lo conduje hasta la habitación donde se solía recibir a los invitados, la gran sala del viejo palazzo. El señor lo recibió con cordialidad, y le presentó a la señora. Entonces, tras ponerse ella en pie, su mirada se ensombreció, lanzó un gemido y cayó pesadamente sobre el suelo de mármol.